

EL LIBRE ARBITRIO Y EL DETERMINISMO

EN LA METAFISICA

EL EJEMPLO DE KANT

«Es un medio de no enfadarse al juzgar el valor de una idea, examinar su genealogía».—*Spencer*.

Apenas hay filósofo de significación que no haya dedicado buena parte de su sistema—algunos lo han hecho en amplios tratados—a esta cuestión del determinismo y del libre albedrío. Por que es imposible examinarlos a todos ellos y porque estaría muy lejos de compensar el esfuerzo que esto exigiría, es que analizo a uno de los más eminentes de entre ellos. Basta esto para tener exacta noción del problema ante la filosofía crítica.

Han sido numerosos, en otras épocas, los pensadores eminentes que fueron libre-arbitristas o fatalistas, en tanto que hoy son contados junto a los que son deterministas. Aunque sea nuestra posición diferente o contraria a la de dichos filósofos, no por eso atribuiremos a la hipocresía lo que es debido a falsos mirajes y a la ignorancia, fácilmente comprensibles en los hombres de pasadas eras. Como decía Spencer, “es un medio de no enfadarse al juzgar el valor de una idea, examinar su genealogía”. A más, es inútil ponderar cuan altamente instructivo es para el conocimiento de las cosas y para evitar el propio extravío, comprender a aquellos genios que erraron en el camino.

En ambos sentidos el ejemplo de Kant es de un valor inapreciable. Dentro de la Historia de la Filosofía, este pensador genial representa, por una parte, el escolasticismo racionalista de que se halla plagada la filosofía clásica, y por otra parte, se tiene la sensación del esfuerzo poderoso que realiza para construir un sistema exento de prejuicios y de dogmas. Al seguir a Kant en las diferentes partes de sus trabajos sobre la materia, se llegan a descubrir los íntimos resortes de su pensamiento. A través de sus intrincados y muchas veces abstrusos razonamientos, más oscuros aún por el idioma tan personal que emplea, se descubre un norte, una unidad, un punto de mira que informa a toda su filosofía.

No solo es de sumo interés evidenciar esas ideas generales; es también un placer intelectual inmenso comprobar paso a paso, como a través de la maraña ideológica, brillan con luz inextinguible, las verdades que Kant cree absolutas y eternas.

Este trabajo es de análisis de la metafísica, de la teología racional—como se ha llamado a la metafísica—que no es tan estéril, como pueda parecer a la visión miope de la mayoría. A más de los objetivos señalados, tiene otra finalidad. Y es que muchos son deterministas cuando se trata de ciencia, pero, por un resto de pusilanimidad, piensan que puede haber poderoso motivos filosóficos que pueden o deben hacerles cambiar de posición cuando se trata de las llamadas ciencias morales. Por último, ejerce una teoría, un poder tanto más seductor y engañoso sobre la mente de los hombres y la consideran tanto más digna de respeto y de acatamiento, cuanto más abstrusos e impenetrable son los razonamientos con que se les defiende. Es inútil agregar cuanto hay de mezquino en este servilismo intelectual. Es necesario penetrar valientemente en la selva, y destruir los ídolos que conservan aún su perniciosa influencia en el corazón de los hombres.

Hay una conclusión de importancia capital para comprender toda la historia de este problema tan ardientemente discutido. Esta conclusión, que quiero adelantar, es que *la cuestión del deter-*

minismo y del libre albedrío ha sido convertida en una cuestión moral. Ya proviene de Aristóteles esa confusión; el filósofo griego hacía encuadrar los actos de voluntad dentro de la moral. Los escolásticos admitían que la voluntad se dirigía siempre hacia el *bonum*, mientras que el intelecto se orientaba hacia el *verum*; los debates seculares entre las diferentes escuelas escolásticas, se debían á que los tomistas sostenían que era el entendimiento el que predominaba, mientras que para los scotistas era la voluntad. Como es fácil comprobarlo, los filósofos libre-arbitristas son tales por hallarse bajo la influencia de intensas preocupaciones éticas. Observa justamente Lalande en este mismo orden de ideas, como numerosos filósofos que pasan por libre-arbitristas, más que en afiliarse a dicha teoría, se interesaban en refutar el fatalismo, que consideraban como la más funesta de las doctrinas (1); pero se extraviaron grandemente y combatieron, sin comprenderlo, el determinismo.

Kant lo mismo que tantos otros racionalistas pretendía que sus razonamientos sobre la materia eran de un valor universal y de una solidez científica indestructible, cuando no pasan de ser verdades del sentimiento, de un valor netamente subjetivo, que nada tienen de universal. El libre arbitrio es para Kant un postulado *a priori* que conceptúa absolutamente necesario para fundar su moral. El primer deber del hombre, decía, es creer en el deber; y el segundo, que es corolario del primero, es creer en la libertad moral o libre arbitrio. Son postulados que es necesario salvar a toda costa. Tienen un mismo valor que los dogmas religiosos, y el método con que se llega a ellos es totalmente opuesto, como se verá, al método científico, que trata de alcanzar la verdad de lo que acontece en el mundo físico o moral.

Es necesario recordar que lo esencial en el sistema de Kant, es su distinción metafísica entre los fenómenos que se suceden en el mundo *empírico*, y aquellas otras manifestaciones que se re-

(1) Revue Philosophique. 1896. Tomo I.

fieren a la existencia de la *cosa en sí*; estas constituyen el mundo numeral. Todos los fenómenos se suceden en el tiempo, y dependen de los que sucedieron en el tiempo precedente, es decir, obedecen al principio de causalidad.

Todo el mundo experiencial está condicionado por el tiempo y nada de lo que en él sucede deja de conformarse a la ley de causalidad. “La experiencia misma, dice Kant, no es posible más que por la representación de la unión necesaria de las percepciones” (1). Si las acciones de los hombres son concebidas como fenómenos naturales—cosa que es innegable—todas ellas están también rigurosamente sometidas al principio determinista. Los antecedentes y los consecuentes, en el pensamiento, están, así, tan estrechamente vinculados como en el mundo físico. Dentro del mundo de lo sensible, el *carácter empírico*, que es dado por todas las acciones, se halla sustraído a las influencias de cualquier voluntad libre o arbitraria. En conclusión, dados estos principios, el hombre se halla completamente necesitado por el cúmulo de las influencias exteriores (*automaton materiale, de Kant*) y por las representaciones interiores (*automaton spirituale, de Leibnitz*).

En virtud de este razonamiento tan legítimo, queda al parecer, perdida toda esperanza de demostrar la existencia del libre arbitrio. Así sucedería, en efecto, si la *razón pura práctica* no abriera para el filósofo la perspectiva de un mundo inteligible para llegar a un concepto trascendente de la libertad. “En el mundo de la experiencia, que es el de los sentidos, los fenómenos están unidos por una causalidad invencible; en el mundo ideal de los nómenos, en cambio, la libertad puede existir”. Dice tan solo que es posible, pero ¿existe realmente esta libertad? Es lo que afirma la razón práctica, sin que la razón pura se atreva a opinar al respecto, por temor a ser dogmática.

En efecto, si se quiere, dice Kant, “*salvar*” (emplea este término) a la libertad, no queda otro recurso que afirmar la po-

(1) *Critique de la Raison Pure*. Pág. 217. Traduction Tissot.

sibilidad de la libertad en un mundo *nóumeral*; y esta posibilidad podrá transformarse en certidumbre si la ley moral probara que sin la libertad (la cual solo es práctica *a priori*), ninguna imputación según la ley moral es posible". (1). Debe recordarse que si los nóúmenos carecen de una existencia objetiva, tienen en cambio un valor racional.

Solo cabe, pues, un justificativo racional de su teoría de la libertad, que es la que tratará de hacer. A esta altura de su exposición en la crítica de la razón práctica, remite al lector a la crítica de la razón pura, donde se hallarán los elementos necesarios de su doctrina. Sintetiza así su tesis: no está en poder del hombre determinarse libremente, ya que tiene un carácter empírico, "pero el mismo sujeto, teniendo por otra parte, conciencia de sí mismo como de una cosa en sí, considera también su existencia, *en tanto que no está sometida a las condiciones del tiempo*, y se contempla así mismo como pudiendo ser determinado solamente por leyes que se dá por su razón misma". (2). Este carácter llamado *inteligible* o noumenal está dotado de una libertad inteligible, y puede crear series de actos con absoluta espontaneidad. El carácter empírico está determinado en su totalidad, sostiene Kant, por el carácter inteligible, y es así como la personalidad de cada uno, se libera del principio de causalidad; es "al fenómeno del carácter que el sujeto se da a sí mismo y según el cual él se atribuye como a una causa independiente de toda sensibilidad, la causalidad de los fenómenos mismos de este carácter empírico". Esta conclusión concuerda con toda su doctrina; de igual manera que la realidad empírica del mundo sensible subsiste al mismo tiempo que su idealidad trascendente, así la rigurosa determinación empírica de las acciones humanas, se une a una libertad trascendental. La aspiración de Kant es demostrar como no hay contradicción entre las partes de su razonamiento, cuyo

(1) *Critique de la Raison Pratique*. Traducción de F. Picavet.

(2) *Critique de la Raison Pratique*, Pág. 176.

desarrollo he seguido, y en el que se *justifica desde el punto de vista metafísico la existencia de la libertad.*

Es interesante señalar por otra parte, cuan infiltrado está su sistema de sustancia religiosa. Hemos visto que el hombre, en tanto que carácter empírico está necesitado; en cambio, como carácter inteligible, dice Kant, cada uno se crea libremente a sí mismo, para toda la eternidad; por un acto de creación intemporal, tal como debe ser. Observa Ruysseu en su notable estudio sobre Kant (1) que éste llega por la citada vía, a aceptar la concepción de la *falta original*, propia de los dogmas religiosos que se amamantan en las filosofías escolásticas.

El mismo Kant comprende las oscuridades y fallas de su teoría de la libertad volitiva y tiente repetidas veces aclararla. A guisa de incurrir en repeticiones lo seguiré en esta parte de su exposición. ¿Cómo es que una acción o un pensamiento cualquiera, se pregunta, que es consecuencia necesaria de los que le precedieron en el tiempo, puede ser al mismo tiempo libre? Reprocha con acritud a aquellos que pretenden eludir las dificultades, pero sin resolver en nada el problema, al declararse deterministas en el mundo físico, pero libre arbitristas en el psíquico, porque dicen que el hombre no es libre desde el momento en que los motivos residen dentro del ser que obra. Este es en verdad, un argumento pueril por cuanto no por ser psíquicos, los motivos determinantes están por ello menos necesitados.

De cualquier modo, la contradicción es solo aparente, afirma Kant, puesto que el individuo es a la vez carácter empírico y carácter inteligible. En el carácter inteligible nada hay por encima de las determinaciones de la propia voluntad dictadas por la conciencia y en conformidad con la razón y con su sentimiento íntimo. Por eso, según lo expresa en la "Metafísica de las costumbres" la libertad solo puede ser atributo de los seres racionales.

(1) *Kant*. Pág. 207. F. Alcain.

Schopenhauer acepta con fogoso entusiasmo esta doctrina kantiana, por que encuentra en ella la base para su grandiosa teoría de la voluntad. Esta teoría, escribe—(gracias a la cual se concilian la libertad y la necesidad)—pertenece a lo que este gran hombre y aún diría, a todo lo que la humanidad ha producido jamás de más hermoso y de más profundo”. (1).

Schopenhauer da un sentido más concreto a la doctrina kantiana. Los hombres, dice, tienen el claro sentimiento de su responsabilidad moral o libre arbitrio. Gracias a la libertad moral, ellos son los verdaderos autores de sus acciones y éstas les son moralmente imputables. Se reproduce aquí el viejo razonamiento que he juzgado ya en un artículo sobre Sanción y Responsabilidad (2), Pero “en el fondo, agrega, no es por el mismo acto que se siente responsable, sino por su carácter”.

No es, pues, en las acciones donde debe buscarse la libertad, sino en la *naturaleza toda del hombre (existentia ed essentia)*; esa naturaleza debe considerarse de hecho como un *acto libre* y a pesar de la gran multiplicidad y variedad de acciones a través de la que se manifiesta, tiene la unidad primitiva de la cosa en sí.

La posición de Kant se hace más neta, dice Schopenhauer (3). cuando se une esta doctrina a una verdad de orden más general, como es el siguiente principio, a menudo enunciado por las escolásticas, y que no admite excepciones. *Operari sequitur esse*, es decir, que las acciones son conformes a su esencia; “cada cosa obra conforme a su naturaleza; y es por sus manifestaciones activas, bajo la sollicitación de los motivos, que su naturaleza nos es revelada. De la misma manera todo hombre actúa conforme a lo que es”. Ha sido un error fundamental, agrega, atribuir la ne-

(1) *Essai sur le libre arbitre*. Pág. 190. Ed. F. Alcaín.

(2) *La filosofía del Derecho Penal y los conceptos de responsabilidad*. “Revista de Psiquiatría, Criminología y M. Legal”. Agosto de 1919.

(3) Ob. cit. Apéndice II.

cesidad al ser (*Esse*) y la libertad a la acción (*Operari*) (1). Todo depende de lo que *es* un hombre; lo que *hace*, fluye naturalmente, como un corolario de un principio”. De ahí, en resúmen, que el hombre no hace jamás sino lo que quiere y por lo tanto, la libertad está lejos de ser suprimida, aunque ella pase a un plano más trascendente.

Abordan dichos filósofos una de las más fundamentales cuestiones de la moral, como es la responsabilidad. Kant sostiene que un acto solo puede considerarse responsable, cuando está dado íntegramente por la naturaleza del que lo ejecuta; es decir, uno los acepta como propios cuando emanan por entero de uno mismo. La libertad estaría en la *verdadera* responsabilidad que se refiere siempre al carácter inteligible. Schopenhauer sostiene la misma tesis cuando dice que somos libres cuando somos determinados íntegramente por nuestro carácter. Creo, contrariamente a ellos, como he sostenido en un capítulo anterior, que todas las acciones son, quiérase o no, consideradas responsables y sus autores las pagan como tales; aún aquellos actos que parecen más alejados de la verdadera naturaleza del individuo, le pertenecen como algo propio y original, desde el momento que los ha realizado. En el hombre más bueno y más sabio, surgen muchas veces ideas y sentimientos extravagantes y hasta delictuosos, que pueden traducirse en actos; no por ello dejan de ser dichos actos el fruto de una personalidad que no se desenvuelve siempre de acuerdo con las rígidas sentencias de los naturalistas. Ahondando algo más, con un poco de buen sentido, vemos cuanto hay de falso en estas peticiones de principios. Las acciones de los seres malvados, por perversos que sean, no están menos en su esencia que las acciones de los más santos; surgen del fondo de su carácter; son, por lo tanto, tan libres o necesitados en los unos como en los otros. Por otra parte hay acciones que son buenas y que son inconscientes

(1) Ob. cit. Pág. 194.

aunque, para Kant, todo acto moral solo pueda ser calificado de tal, si es iluminado plenamente por la razón.

El “quid” de su dialéctica se halla en la parte de la crítica de la razón práctica, de donde traduzco estas palabras: “un fenómeno, en tanto que contiene simplemente fenómenos de intención moral, no debe ser juzgado según la necesidad física bajo la cual vuelve como fenómeno, sino según la absoluta espontaneidad de la libertad”. Y en la página 206, dice que “es *a priori* necesario, producir el soberano bien por la libertad de la voluntad; la condición de la posibilidad del soberano bien, debe, entonces, descansar exclusivamente sobre principios *a priori* de conocimiento”. Por eso siempre que se trata de una acción de orden moral, el individuo guiado por su razón, es libre, pues tiene conciencia de sí mismo como de una cosa en sí. Es una plena y total justificación del libre arbitrio. “Si poseyéramos, puntualiza, una manera distinta de conocer, es decir, si tuviéramos una intuición intelectual del mismo sujeto, veríamos como toda esta cadena de fenómenos, en cuanto se refieren a la ley moral, dependen de la espontaneidad del sujeto como cosa en sí”; pero no tenemos esa intuición, y entonces la ley moral nos certifica de la legitimidad de ésta distinción entre lo sensible y lo inteligible.

En síntesis, la libertad es para Kant condición indispensable de la moralidad.

Hállase el complemento de esta argumentación en la “Metafísica de las costumbres”, que es la más accesible de sus obras. (1). Después de haber hecho esfuerzos indecibles, en sus citados libros, para demostrar que la voluntad es libre, concluye en esta última, en que no es posible la existencia de una voluntad libre. Una voluntad libre sería un absurdo, dice, mientras no obedezca a leyes, aunque sean estas diferentes a las que rigen los fenómenos físicos. Es la voluntad misma, la que, aún conservando su autonomía, se fija sus propias leyes. Estas leyes se dan

(1) *Metaphisique des Mours*. Lección 3.^a Traduction Tissot.

bajo la forma de imperativos categóricos, por lo “que son una misma y sola cosa, la voluntad sometida a leyes morales y la voluntad libre”. Si el libre arbitrio pertenece a un mundo inteligible, agrega, la idea de libertad hace de todo hombre un miembro de ese mundo inteligible. Es necesario, por ello, conformar la conducta de cada uno a la voluntad libre. Esta afirmación es sintética *a priori* y constituye un deber para todos el sostenerla. Todos estamos moralmente obligados a creer en el deber, y a obedecerle; a él es preciso subordinarlo todo. Lo que hace al libre arbitrio eminentemente respetable, dice un neo-criticista, es su relación con la realización del deber (1). Sin el deber, el libre arbitrio es un concepto perfectamente inútil. La voluntad libre no sería así libre, sino incondicionalmente sujeta al imperativo categórico. Un espíritu jovial y consecuente diría que esto es una alegre logomaquia, una feria de palabras en que nadie consigue engañar a nadie.

Hay también en sus obras amplios razonamientos de índole psicológica a favor del libre arbitrio. He aquí uno de estos. Desde el punto de vista inteligible, dice Kant, una acción ilegal, ilegítima o contraria a los dictados de la propia conciencia, hubiera podido la persona *no* cometerla. Este es el ejemplo que da a continuación: un individuo, arrepentido de una mala acción que había cometido, no puede hacer callar la voz interior que le acusa de haber podido hallarse “en su buen sentido, esto es, de haber tenido el uso de la libertad en el momento en que ha cometido esa acción”. Este argumento a favor de la libertad volitiva, es reproducido, entre muchos otros, por William James (2). Lo creo pueril, pues si el pobre hombre se hubiera representado en el mismo momento de cometer la acción que se reprocha todas las amargas consecuencias de su comportamiento, no la hubiera hecho; en este caso, el motivo inhibitor sería un estado *afectivo inte-*

(1) *Fonssegrive—Essai sur libre arbitre*. F. Alcaín.

(2) *Précis de Psychologie*. Capítulo.

lectual, que por desgracia no se ha realizado. ¡Cuantos son los que se arrepienten de sus actos, y sin embargo, en aquel preciso momento y en aquellas circunstancias en que efectuaron el delito que su conciencia les reprocha, tienen la sensación de que no pudieron dejar de cometerlo! Por fortuna, toda clase de experiencia dolorosa deja honda huella en el ánimo y sirve de lección, aunque no siempre tenga el suficiente valor como para detener el impulso que se desencadena en la acción malhadada.

En otra parte esboza Kant, un nuevo punto de vista, que es otra contribución psicológica a la tesis de la libertad de la voluntad. “La idea de mi voluntad inteligible, pura, práctica en ella misma, se agrega a mi voluntad (empírica) afectada por ideas sensibles.... casi como a las intuiciones del mundo sensible se agregan los conceptos del entendimiento”. (1) Este criterio de la voluntad inteligible, es de la misma categoría que el ideal o las otras ideas fuerzas, como ser, los dogmas religiosos, y su análisis nos llevaría al análisis de la fe, que contiene elementos auto-determinantes. Parece que significa apenas algo la última cita de Kant, y sin embargo sobre esos mismos elementos han tomado pié filósofos de la era contemporánea para construir originales teorías acerca de la libertad.

¿Qué ha hecho Fouilleé sino desorrollar extensamente y en los varios dominios de las ciencias morales, hasta en sus recónditas consecuencias, una tesis semejante? Sostuvo él que la libertad humana consiste,—tanto del punto de vista práctico como del científico—en el poder que tiene cada uno de nosotros de modificarse a sí mismo, *por efecto de la idea que tiene de su poder*. Llega a esta conclusión de que es la idea de libertad la que nos hace libres, empleando un pretendido método genético.

(1) Citado por Ruysen. Página 206.

II

Sin la pretensión de hacer en unas pocas líneas la crítica de la filosofía kantiana, y menos aún, con la ilusión de agotar las enseñanzas que el estudio de su doctrina sobre el determinismo y el libre arbitrio puede reportar, señalaré brevemente lo que más importa a nuestro fin.

De la manera que tiene tanto de los viejos sistemas racionalistas y religiosos, la filosofía de Kant, contiene en germen casi todas las doctrinas que el libre arbitrio se han formulado con posterioridad. Es precisamente una de las grandes ventajas del estudio del maestro de Kōenisberg, el hecho de que sea el monumental puente de unión entre dos épocas del pensamiento. Sus comentaristas han desmenuzado con paciencia ya una, ya dos fases de su defensa del libre arbitrio, sin alcanzar a verlas todas, y sin aceptar tampoco las consecuencias de su teoría. Así, por ejemplo, de Kant derivan Fichte y Hegel decididamente deterministas; y de Hegel nace la izquierda hegeliana con sus concepciones monistas y panteistas. Y en Kant se afirma también los eclécticos, neo-criticistas y otras tendencias filosóficas de los partidarios del libre arbitrio. Por esta falta de visión de conjunto es que muchos creen que Kant ha sido únicamente determinista, y lo lamentan amargamente, como Fonssegrive. Tal vez fuera más exacto dilucidar si hay unidad en su sistema filosófico, o si se contradice en sus diferentes partes como se ha demostrado repetidas veces. Cada uno se ha llevado trozos de su doctrina, como se llevan los jardineros la rica materia orgánica para fertilizar su predio. Creo que sus comentaristas—al menos, no lo he visto en los autores consultados—no han seguido, como en este trabajo, el desarrollo íntegro de su pensamiento. He especificado en Kant tres órdenes de argumentos a favor del libre arbitrio, a más del religioso: *razonamientos metafísicos, morales y psicológicos*, que el

mismo ha confundido en una sola y sucesiva explicación sin distinguirlos unos de otros.

Ante todo, llama nuestra atención, la creación de un mundo noumenal, que es totalmente desconocido; y luego, la seriedad y la facilidad con que adorna ese mundo desconocido con los atributos que son de su agrado. La explicación de ese interesante fenómeno que se ha repetido varias veces en la historia de la filosofía, se descubre si se investiga la finalidad que persiguen al hacer la distinción entre ambos mundos.

Por poco que se desgaste su barniz científico, se hallará el fondo escolástico de su doctrina. Kant es, en este sentido, enteramente demostrativo. Se habrá notado como identifica la intuición intelectual de lo noumenal o sea de la cosa en sí y de la ley moral. De acuerdo con esta asimilación, según sean las necesidades morales que el deber establezca, se hallará la correspondiente interpretación racional en el mundo de lo noumenal, y puesto que para Kant el libre arbitrio sirve de fundamento a la responsabilidad y al deber sin los cuales no existen las leyes morales—es legítima, según este método, descubrir la libertad en el mundo noumenal o inteligible.

Establece esta teoría, a pesar de los conocimientos que le suministra el mundo fenomenal dentro del que vivimos. “Creo en la libertad porque yo quiero, la libertad existe porque yo lo quiero”, dice en la Razón Práctica. (1) Por eso *en realidad el mundo noumenal o inteligible es el dominio de las necesidades prácticas en que se buscan leyes absolutas para la acción moral.* (2) Siguiendo en el análisis, debe recordarse que Kant niega la volun-

(1) Páginas 363.

(2) Si no bastaran las transcripciones hechas, véase cuanto confirma lo que sostengo esto que escribe Kant: “La libertad es una pura idea, *cuya realidad objetiva no puede nunca probarse por las leyes de la naturaleza ni, por consiguiente, dárseles en experiencia posible alguna que, huyendo de toda analogía y de todo ejemplo, no puede, por eso mismo comprenderse, ni aún demostrarse.* Sólo tiene el valor de una exposición necesaria”.

tad libre hasta el punto de considerarla un absurdo si no obedece a la ley moral. Pero esto mismo tampoco es libertad, pues Kant mismo define así esta *propiedad del alma* en una página anterior de la *Metafísica de las Costumbres*; será la propiedad de obrar independientemente de toda causa determinante extraña”.

El mundo noumenal y la cosa en sí ya han sido relegados a la historia de las teorías metafísicas. La libertad inteligente ha sido una creación imaginaria en el mundo de lo noumenal, creación hecha como necesidad práctica, es decir moral. Schopenhauer, que en esta materia, vió tan claro, concluye, sin embargo, su clásica monografía con las palabras de Malebranche: “La libertad es un misterio”, y todo, por mantener un concepto ético erróneo. No valía, pues, la pena que Schopenhauer denigrara con tanta violencia a sus contemporáneos Fichte, Schelling y Hegel, que salvara tantos obstáculos en el orden del pensamiento, para que viniera a parar en semejante conclusión, a la que todo contradice en su ensayo. Eliminada, pues, la libertad moral inteligible, queda subsistente el determinismo en el mundo empírico, fenómeno que el propio Kant expresara tan bien del siguiente modo: “Es posible ponerse de acuerdo, en que, a sernos posible penetrar en el alma de un hombre, tal como se revela por actos, ora internos, ora externos, lo bastante profundamente para conocer todos los móviles, incluso los más ligeros que pueden determinarla, y de tener en cuenta al mismo tiempo todas las circunstancias exteriores que pudieran obrar sobre ella, podríamos calcular la conducta futura de este hombre con tanta certitud como un eclipse de luna o de sol; (agrego que con una dificultad incomparablemente mayor dificultad) y sosteniendo al mismo tiempo que el hombre es libre”. (1) Estas últimas palabras se refieren a la libertad noumenal, que ya ha sido eliminada.

He seguido el pensamiento de Kant paso a paso. Asienta pri-

(1) *Critique de la Raison Pratique. Libro I. Examen critique de l'analytique de la Raison pure pratique.*

mero su teoría de la libertad sobre una distinción metafísica, aduce luego unos argumentos psicológicos; pero todo en su razonamiento converge hacia la moral. Toda la cadena de sus razonamientos es teleológica; a pesar de la evidencia en contra, llega a las conclusiones que había fijado *a priori*. Será interesante en este sentido un paralelo entre la filosofía y la antropología de Kant y el pragmatismo, sistemas que tienen numerosos puntos de contacto. Más aún; Kant vuelve a fundar el libre arbitrio después de haber demostrado su inconsistencia con su poderoso sentido crítico. Quiero hacer notar como en esta parte del sistema Kant, es más pronunciada que en ninguna otra, esa tendencia de la filosofía alemana a fundar normas dogmáticas para la vida práctica después de haberlo negado todo teóricamente. Esta actitud implica, sin duda, un retroceso, pues restaura así los ídolos y con carácter definitivo, después de haberse tomado el trabajo de ser un despiadado iconoclasta. Tales filósofos merecen de vez en cuando los duros y humillantes conceptos que les prodigara Nietzsche con tanta largueza.

*
* *

Los filósofos indeterministas que he citado en todo el estudio —y que constituyen una pequeña parte de los de esta tendencia— se han valido de las armas más variadas para defender dicha posición: han invocado el dogma religioso, la conciencia moral, el sentimiento común, el testimonio de la conciencia, las revelaciones del instinto o de la intuición pura, la ley moral del mundo trascendente. En todos estos filósofos, repito, el anhelo común ha sido conservar los principios en que se fundaba la moral clásica que predicaban. Kant y Schopenhauer a pesar de su genialidad, no alcanzaron a dar un contenido objetivo y real a esos conceptos básicos de toda moral que son la responsabilidad y el deber. En la misma moral de Kant hay rasgos sublimes que elevan el corazón con la misma santa eficacia que lo haría la poesía, un

bello espectáculo o una emoción de amor. Más que de motivos inferiores, pues, el error de Kant proviene de la orientación de su doctrina, tanto como la falta de una clara distinción de los problemas y de la imposibilidad de solucionarlos acertadamente, dados los conocimientos de la época. Necesitaba también, Kant para sentirse seguro en su ética, aferrarse a principios eternos e inmutables; hoy día carecemos de este temor de sentimientos huérfanos si los dogmas no nos sostienen; tenemos fe en la propia energía humana. En vez de buscar en el fenómeno social como resultado de la convivencia en la colectividad los principios generales de la moral, se empeñaron en buscarlos exclusivamente en la mente del hombre. Han sido obtenidas recién en el último siglo comprobaciones tan sencillas como esta: la responsabilidad social sustituye en ventaja a la responsabilidad moral, aunque no por completo. Entrar en juicio al respecto, sería ampliar indefinidamente esta parte. En un artículo sobre las ciencias morales y el determinismo, he demostrado de como no hay contradicción entre el determinismo y los fundamentos de una teoría moral. (1). Bien es cierto también que esta teoría moral se halla en los comienzos de su gestación(aunque numerosos ensayos recientes hacen vislumbrar sus lineamientos generales). Se llegará, por vía de la ciencia, a conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades colectivas y las afectivas, que, en este caso, no son incompatibles, y que de serlo constituiría el más trágico problema de la filosofía, al decir de Unamuno.

Para verificar cuan grande es la resistencia a aceptar el determinismo en las ciencias morales, aún en nuestra época, recordaré el episodio que relata Hamon en el prólogo de la edición española de "Determinismo y Responsabilidad". El hecho sucedió en 1899 en la libre y culta Inglaterra y no necesita comentario. La traducción inglesa del citado libro fué condenada después de

(1) *El principio del determinismo en las ciencias morales y en la educación*. "Revista del C. E. de Filosofía y Letras". Buenos Aires.

un curioso proceso, por un tribunal de las cercanías de Londres. Su acusador que era profeseor y médico sostenía, y este fué el motivo de la querrela y de la condena, que “la existencia del libre arbitrio es la base de nuestra santa religión y la base de la moral en general. La negación de la doctrina del libre arbitrio es la doctrina más peligrosa que se ha emitido”.

Ya en el artículo últimamente mencionado he demostrado qué hondo trastorno ocasiona en las ciencias morales la franca adopción del determinismo. Enunciar así, llanamente, esta comprobación, no resta importancia a una verdad que creo de incalculable trascendencia para el porvenir de la ética. Con mucha razón afirma Mr. Baudin en el prólogo a la citada obra de William James que el libre arbitrio es para la moral una cuestión de vida o muerte; pero olvida agregar que si ello es exacto para la moral clásica, no lo es para la moral en formación, que aspira a asentar sus principios en las grandes enseñanzas de la naturaleza. Y es que la doctrina del determinismo condena a su desaparición a la vieja moral aún reinante, llena de dogmas y de supersticiones. Dos maneras hay de combatir las ideas y los que las sustentan. Es una de ellas, necesaria por cierto, la lucha ruidosa y abierta. La otra, en cambio, no ataca de frente los prejuicios corrientes, pero los mina por su base, lentamente y sin estruendo; decía justamente Guyau de este método, que es el medio más seguro de conseguir que las creencias comunes se hundan de una vez. (1) La doctrina determinista y su desarrollo es el ejemplo más acabado de este último sistema de lucha.

GREGORIO BERGMANN

(1) *Morale Anglaise Contemporaine*. F. Alcan.